

105/106
c.1
Lunes 10 de Abril de 1932

EL TONTO MORALISTA

Hay hechos que sólo pueden comentarse cuando no están de actualidad. De ese modo, los comentarios, desprovistos de toda posible alusión, pierden un tanto su dureza.

Hace cerca de dos meses que no llega a este diario ninguna carta-protesta por haber publicado el retrato de un campeón de natación en traje de baño, la noticia de la fuga de una actriz de biógrafo, la concertación de un matrimonio, el aviso de una fábrica de corsés y ropa blanca, u otra información por el estilo que, por las proyecciones inmorales que en ellas ve el autor del reclamo, "sublevan su conciencia de lector de un diario católico que entra a todos los hogares."

Esta es la frase sacramental que figura en todas las protestas de cada uno de los desgraciados lectores, conocidos en todas las imprentas bajo el nombre genérico de "el tonto moralista."

Confieso que, por mi parte, siempre los he mirado con el más profundo interés y he llegado hasta el extremo de recopilar sus anónimos, catalogarlos y estudiarlos, para deducir, si es posible, conclusiones generales respecto a su actuación.

El tonto moralista debe pertenecer al reino vegetal, porque se marchita en invierno y recrudece en primavera.

La estación de las flores con sus brisas perfumadas y cálidas, la naturaleza esmerifoliada, como si fuera una cocotte, con las galas más chillonas de su guardarropa, el sol, en fin, hace salir la savia y estalla en brotes, hojas y botones, como diría el señor Celis ejerce una influencia horrible en la imaginación de estos grafomanos que son por lo general hombres maduros, - y reverdecen a su vez en anónimos, cartas y reclamos verbales.

La torneada pata de un piano, el simple aviso de un remate de catres, algún arranque oratorio sobre el odio y el amor u otras cosas igualmente inocentes, bastan para suscitar en su cerebro los más lividinosos pensamientos.

Y, ¡ay del pobre periodista que, novel en su oficio y tolerante en tales estados patológicos, se esfuerza en complacerlos! Yo conocí a uno de ellos que al día siguiente de un reclamo de esta especie, ordenó al dibujante colocar mangas y cuello a una serie de figurines que con el nombre sugestivo de "vestidos de escote para la presente temporada" se publicaron en la Sección Modas.

Ha habido épocas en que ha sido preciso renunciar a la publicación de retratos de la nadadora Anita Kellermann - la rival moderna de la Venus de Milo - por las protestas que sus escultóricas formas suscitaban.

Una vez que por olvido se faltó a esta consigna, un caballero sesentón, panzudo y nervioso hizo irrupción en la sala de uno de los redactores, exclamando, con el diario en la mano:

-¡Vean ustedes que horror, qué atrocidad lo que han publicado! ¡Esta es una obra digna del demonio!

-Pero, señor, ¿no encuentra que esta cara, esta silueta, estas líneas son de alabar a Dios?

El reclamante dió un bufido y salió atropelladamente de la imprenta.

Desde entonces se tomó la costumbre de mantener sobre la mesa de redacción, una copia del "Juicio Final", de Miguel Angel, que decora la Capilla Sixtina; y cuando alguno llega a reclamar de las curvas demasiadas pronunciadas de un zapato Hanan, o de la desnudez de una calva que no ha usado Benguria, se le dice cortesmente:

-Tiene usted toda la razón; no volverán a publicarse avisos con grabados de esta clase. Para mañana tenemos este cuadro que es artístico y carece de carácter profano...

De este modo se evitan, por lo menos las protestas verbales, que son las que más molestan, porque obligan a ponerse en contacto directo con el latero.

Pero para las cartas, ¿qué sistema habrá para evitar las cartas del tonto moralista?

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile